

Los dos hermanos

Versión original de
Nador Alcaide Rísquez
Torrecampo

Esto eran dos hermanos, uno tonto y otro discreto, y al tonto no se le podía dejar solo. Siempre que el discreto iba a ver a la novia se tenía que llevar a su hermano. Como al discreto le daba vergüenza que el tonto comiera mucho en casa de su novia, un día que iban a verla le dijo por el camino:

- Cuando yo te pise, dejas de comer, porque eso que tu haces no es normal.

El tonto hacía todo lo que decía el discreto.

- Esta noche vamos a cenar gachas –les dijeron en casa de la novia-.
¿A vosotros os gustan las gachas?

- Sí, señora. A nosotros nos gusta todo. Nosotros no somos delicados.

Pero cuando se están comiendo las gachas viene un gato grande que había en la casa y pisa al tonto y el tonto deja de comer a las cuatro cucharadas. La mujer dijo:

- Ay, ¿pero no comes más?

- No, es que no tengo gana.

- ¿Es que no te gustan?

- Sí, me gustan, pero no tengo más gana.

Hasta al hermano le extrañó, porque no lo había pisado, pero no quería decir nada delante de la novia y de la suegra.

Llegó la hora de acostarse y el tonto vio que guardaron las gachas en un plato, arriba, en el marco que tenían. A media noche, el tonto se levantó a comerse las gachas. Se las comía a puñados cuando la suegra del hermano sintió un ruido y se levantó. En cuanto la vio el tonto, se metió en la habitación del hermano.

- Adónde vas -le pregunta el hermano.

- Que me he levantado a comerme las gachas, porque tenía mucha hambre. Pensé que me habías pisado.

- Yo no te pise. Sería el gato.

- Se ha levantado tu suegra. Y mira cómo tengo las manos.

- Sal al corral, que hay un cántaro allí. Metes las manos en él y te las lavas.

El tonto fue al corral y metió una mano en el cántaro y sin sacarla metió la otra, de manera que no las podía sacar. Fue con el cántaro al hermano y le dice:

- Hermano, no puedo sacar las manos.

- ¿Qué has hecho?

- Meter las manos para lavarme, primero una y luego otra.

- Pero hombre, tenías que haber sacado una mano para meter la otra.

Anda, anda, ve al corral y rompe el cántaro contra una piedra, que me vas a buscar un extravío.

Mientras, la suegra había salido al corral a hacer sus necesidades.

El tonto salió al corral y vio blanquear una cosa, que era la suegra del hermano en camisa, y, creyéndola una piedra, levantó el cántaro y le dio con todas sus fuerzas.

- Ay, Dios mío, que me han matado –se quejó la abuela.

Al oír los gritos, el discreto se levantó y le dijo al hermano:

- Vámonos de aquí, que nos van a llevar a la cárcel.

Y al salir, para meterle prisa, le dijo:

- Venga, coge la puerta y vámonos.

Quería decir que cerrara la puerta, pero el hermano arrancó la puerta y se la echó al hombro.

- ¿Pero qué haces que no andas? -preguntó el discreto.

- Sí, si tu llevaras la puerta, verías lo que ibas a correr.

- Pero qué has hecho.

- Como me dijiste que me trajera la puerta...

Estaban en esto cuando vieron a una cuadrilla de ladrones. Ellos se encaramaron a un árbol.

Desde arriba oyeron que el jefe de los ladrones dijo:

- Venga, vamos a repartirnos aquí mismo los cuartos.

Mientras los ladrones hacían los montones, el tonto, con su puerta en lo alto del árbol, le dijo al hermano:

- Hermano, que se me cae la puerta.

- Aguanta, que como se enteren éstos nos matan.

- Que se me cae la puerta.

La puerta se cayó. Los ladrones, al sentir el bullicio de la puerta cayendo desde el árbol, salieron corriendo, menos uno, al que la puerta le cayó encima.

El discreto, para que no declarara contra ellos, le cortó la lengua. Cuando lo soltaron, iba diciendo:

- *A peazos, a peazos.*

Los otros ladrones, al oírlo, creían que se estaba cayendo el cielo a

pedazos, cuando lo que aquel hombre quería decir en realidad era esperaos, esperaos.

Ellos se llevaron los dineros y aquí se acabó el cuento.